

**GUR, BATYA (1991). *UN ASESINATO LITERARIO. UN CASO CRÍTICO.* MADRID:
SIRUELA.**

Reseñado por América Villegas
Universidad Central de Venezuela
ame.villegas@gmail.com

Todo crimen exige un móvil. Se puede matar por bastardas razones económicas o por naturales razones de honor. Para cumplir una venganza o pagar una apuesta. Vistos así, los motivos podrían resultar tremendamente humanos y casi infinitos. En *Un asesinato literario* Batty Gur incorpora uno, probablemente inédito, a esa lista. Y el título de la novela no deja lugar a dudas.

Habría que rastrear los orígenes del crimen en la literatura. Desde este ámbito, no debe asombrarnos que las dos víctimas del relato de Gur, Shaul Tirosh e Iddo Dudai, estén íntimamente ligadas a la poesía. El primero es un crítico severo e impiadoso y uno de los mejores poetas actuales de Israel. El segundo, el más brillante de sus discípulos. Tampoco asombra entonces que la Universidad Hebrea de Jerusalén sea el escenario de los hechos. Ambos personajes son profesores en esa universidad.

Dudai es un joven timorato que admira sin disimulo a Tirosh. Por su parte, Tirosh hace lo indecible para cosechar una abundante legión de admiradores. Sobre todo, admiradoras. Con los ademanes de un pavo real, el enorme poeta despliega sus plumas, se alisa el mechón de sedoso cabello plateado y mediante un eficaz tono de voz seduce a cuanta jovencita se le cruza por el camino. Alguna vez estuvo seis meses casado con una alumna de dieciocho años.

Ahora, entre sus amantes se cuentan Ruth Dudai, esposa del asesinado Iddo, y Ruchama Shai, esposa de Tuvia Shai, otro de los discípulos y admiradores del invencible tenorio. A pesar de los nombres, todo suena sospechosamente parecido a cualquier realidad académica, pero, una vez más, podría tratarse sólo de coincidencias, como todo lo que ocurre con la ficción.

La trama se pone en marcha en el momento en que Dudai aparece flotando en las aguas del golfo de Akaba. El profesor practicaba submarinismo y los indicios apuntan a que murió como consecuencia de una falla en su tanque de oxígeno. Las cosas se complican dos días más tarde, cuando en su despacho encuentran el cadáver

de Tirosh. El seductor y laureado poeta ha sido golpeado sin piedad hasta la muerte.

Las hipótesis comienzan a tejerse. Por su reconocida condición de donjuán, todo indica que se trata de un crimen pasional. Cada marido engañado podría ser el responsable del asesinato. Parece fácil hallar la respuesta. Y aquí entra en escena el inevitable investigador.

Se trata del inspector Michael Ohayon, jefe del Departamento de Investigación Criminal del subdistrito de Jerusalén. Ohayon es un hombre fuerte, inteligente y culto, divorciado, padre de un joven. También es un empedernido donjuán, aunque menos fogoso que Shaul Tirosh. El detective es el primero en vincular la muerte de Dudai con la muerte de Tirosh: cuando se descubre que con Dudai también se cometió un asesinato, ya casi no quedan dudas de que ambos hechos están íntimamente ligados.

Ohayon, junto al Departamento de Investigación Criminal, se ocupará de descifrar el enigma. Y a lo largo de cuatro-cientas páginas Batya Gur explica el modo. El investigador es paciente y meticulado. Interroga a cada uno de los sospechosos, no deja cabo suelto. Sin embargo, a medida que transcurren los días aumentan los posibles culpables y se complica la trama.

Una novela policíaca es una narración cuyo hilo conductor es la investigación de un hecho criminal, independientemente de su método, objetivo o resultado. Con ésto quiero decir que la investigación es el elemento estructurador de todo relato policial, aunque su importancia puede variar en función de los objetivos de éste. Esa variación, además, ha marcado en buena medida la evolución de la literatura policíaca.

En las clásicas historias policiales lo esencial es resolver el enigma; entonces, no tendría por qué demorarse esa resolución con palabras innecesarias. Adolfo Bioy Casares postulaba: “De todas las formas de la novela, la policial es la que exige a los escritores mayor rigor: en ella no hay frase ni detalle ocioso; todo, en su decurso, propende al fin, para demorarlo sin detenerlo, para insinuarlo sin delatarlo, para ocultarlo sin excluirlo” (1985:65). Una memorable definición que casi roza la forma del cuento.

En otras palabras, el misterio siempre está ahí. Porque ya se trate del investigador cerebral, del detective duro o del policía más o menos desencantado de su trabajo, los protagonistas tratan siempre de revelar una verdad oculta, cada uno a su manera y en función de una concepción de la sociedad y del crimen marcadamente diferentes. Ello determina la estructura del relato: la organización del material se ajusta a los avances del investigador en la resolución del misterio, que se produce inevitablemente al final. Y la lectura también se ve determinada por la intriga: los lectores avanzamos en el texto siguiendo los pasos del investigador. Estamos sometidos al suspense.

Un asesinato literario se inscribe en lo que se ha denominado novela-enigma dentro del género policial. Antes de arribar a la solución del caso, que además de lógica es asombrosa, Batya Gur propone diferentes caminos posibles, trazados por policías que, al menos en ese golpeado rincón del mundo, parecen imposibles. El inspector Ohayon, por ejemplo, cita a Kant y a Hegel y recuerda párrafos enteros de Kafka y Dostoievski.

Sus compañeros del Departamento de Investigación no se quedan atrás: repiten de memoria fragmentos de *Hamlet* y de *Ricardo III*. Contrariamente a lo que podría presuponerse, tamaña erudición, en la trama, resulta lógica. Guy tiene la habilidad de hacerla lógica. No olvidemos que estamos frente a, tal como el título advierte, un asesinato literario y un caso crítico.

No hay duda, pues, de que éste es uno de los principales centros de interés. Entonces, ¿a quién no le gustan los rompecabezas? Leemos porque queremos saber quién es el culpable, qué ha motivado su actuación, cómo lo hizo..., en definitiva, qué se esconde tras el misterio planteado.

Allí radica el placer de armar el rompecabezas, rellenar la cuadrícula, la atracción irresistible con el juego matemático de desvelar la incógnita. Sin que ello, claro está, implique obligatoriamente que dicha resolución sea siempre el elemento central. Pero sin misterio, han afirmado muchos e insisto yo, no hay novela policíaca.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bioy Casares, A.; Borges J. L., y Ocampo S. (1985). Antología de la literatura fantástica. Madrid: Edhasa.